

# La conquista de México en la versión de Sahagún

JOSÉ ALBERTO BARISONE

## I. *Historia General de las cosas de Nueva España*

“... (el) relato posee un valor único, y es el permitirnos la confrontación de los mismos hechos en dos conciencias diferentes, el conquistador y el conquistado.”  
(Reyes, 1948: 54)

La *Historia General de las cosas de Nueva España* del franciscano Bernardino de Sahagún se recorta entre los numerosos textos coloniales por diversas razones: presenta un panorama general y a la vez pormenorizado de la cultura del México prehispánico; en su elaboración intervinieron, además del fraile, indígenas; está escrita en castellano, náhuatl y contiene también algunos fragmentos en latín; incluye ilustraciones y, en su última parte, narra la conquista de México desde la óptica de los indígenas, cuestión que se abordará en el presente trabajo.

La realización de la obra, prolongada y compleja, tuvo muchas dificultades. El fraile comenzó a prepararla hacia 1555 en Tepepulco cuando elaboró un cuestionario sobre diferentes aspectos de la cultura mexicana para que respondiera un grupo de ancianos indígenas principales. Contó con la ayuda de cuatro alumnos indios que asistían al colegio donde enseñaba el franciscano y que manejaban las tres lenguas citadas. Es así como obtuvo información que registró por escrito y que constituye el primer esbozo de su empresa, llamado más tarde *Primeros Memoriales*.

Posteriormente, hacia 1561 Sahagún se desempeñó como profesor en el colegio Santa Cruz de Tlatelolco, donde volvió a repetir la experiencia: nuevamente le presentó el cuestionario a un grupo de señores indígenas con el fin de completar su conocimiento de las *antiguallas* y, asimismo, comparar con los datos previamente registrados. El resultado de esta segunda etapa fue otra versión, conocida como *Segundos Memoriales*. Paralelamente, el fraile con la colaboración de sus alumnos redactó otros borradores denominados *Memoriales en tres columnas* y *Memoriales con Escolios*.

Por último, en 1665, Sahagún se estableció en el convento de San Francisco de México, donde pasó años ordenando y revisando los papeles. Allí es donde organizó la obra y, con el auxilio de los cuatro indios trilingües corrigió, amplió determinados aspectos y ensambló los testimonios dentro del plan general de la *HGCNE*, que concluyó hacia 1577. El manuscrito, llevado a España en 1580 por fray Rodrigo de Sequera, comisario general de la orden franciscana, más tarde fue denominado *Códice Florentino* a raíz de su localización en una biblioteca de la ciudad de Florencia. Cabe señalar que existe otra versión realizada tiempo después por el fraile, muy parecida a la anterior, que se la conoce como *Códice de Tolosa*.

La elaboración de la *HGCNE* insumió más de veinte años no sólo por el rigor metodológico y la minuciosidad con que Sahagún concibió su obra, sino también por los avatares que sufrieron los papeles. El fraile, durante estos años, tuvo alternativamente apoyo entusiasta e impedimentos de sus superiores para continuar o paralizar la empresa. En más de una ocasión los documentos fueron dispersados por los conventos de la orden franciscana, como sucedió en 1570 por orden de fray Alonso de Escalona.

La versión definitiva de la obra consta de doce libros y está estructurada de acuerdo con un esquema medieval: de lo superior a lo inferior, de lo divino al mundo natural, con el hombre y sus instituciones en el centro. Los temas que trata son los siguientes: libro I: Sobre los dioses; libro II: Ceremonias religiosas; libro III: Dioses; libro IV: Astrología judiciaria. Lectura del destino humano a partir de la influencia del calendario de 26 días. Libro V: Agüeros y pronósticos. Libro VI: Retórica y filosofía. Oraciones y cantos. Libro VII: Acerca del cosmos y el tiempo. Leyenda del quinto sol.

Libro VIII: Gobiernos de Tenochtitlan, Tlatelolco y Texcoco. Libro IX: Mercaderes y artesanos. Libro X: Moral: virtudes y vicios. Cuerpo humano. Enfermedades. Alusión a la evangelización franciscana. Libro XI: Historia natural. Libro XII: Conquista de México.

La obra definitiva tiene una configuración especial: cada página está escrita en dos columnas paralelas, la izquierda, en castellano y la derecha, en náhuatl. También, en algunos momentos, el fraile cita textos bíblicos y redacta fragmentos en latín. Pero lo más singular es que en la *HGCNE* se incluyeron numerosas ilustraciones intercaladas referidas a los temas que se desarrollan en el texto lingüístico, mayoritariamente, en la columna escrita en castellano, más breve que la otra.

El texto castellano no es una simple traducción del náhuatl, sino una versión resumida, a veces comentada y simplificada por Sahagún. En unos pocos casos, inclusive, los textos de ambas columnas no tienen relación, pues no tradujo partes redactadas en la lengua autóctona.

Consideramos la decisión de brindar una triple versión del mundo representado como un gesto mediante el cual Sahagún coloca en paridad el náhuatl—a través de su escritura con caracteres latinos— con el castellano, lo que implica un reconocimiento y una legitimación de la lengua mexicana, a la vez que, de este modo, se rescatan los modos expresivos de enunciación propios de este idioma. El hecho de incluir ilustraciones al modo del sistema tradicional de registro de los pueblos mesoamericanos, también reviste un sentido reivindicativo de su forma de expresión cultural. Cabe preguntarse quiénes serían los destinatarios de los textos. Es razonable inferir que la parte castellana estaba dirigida al rey y a los españoles en general, a religiosos de la propia orden y a los indios ya aculturados; en tanto que la versión náhuatl es posible que tuviese como lectores ideales a la élite indígena formada en los colegios franciscanos, lo que está conectado con el proyecto seráfico de formar una dirigencia autóctona.

## **II. Sahagún autor y editor: sus intervenciones en la obra**

Sahagún despliega un conjunto de operaciones a través de las cuales

diseña una imagen que conjuga los roles de autor y editor de la obra. En efecto, es quien recolecta la información, selecciona, recorta y organiza los materiales, lo que se advierte en la toma de ciertas decisiones editoriales, como cambiar la ubicación dentro del plan general –notorio por ejemplo, en el contenido del libro XII dispuesto originalmente en el IX–, no traducir al castellano algunos tramos del texto náhuatl, no realizar una traslación literal, sino un resumen y una glosa, e incluir ilustraciones iluminadas interpolándolas en el texto, al modo de las biblias medievales.

Sus intervenciones se hacen explícitas en los prólogos y epílogos que redacta para enmarcar cada libro –donde expone los objetivos que guiaron su labor, la metodología que empleó y los temas que aborda– y en las observaciones que disemina en la versión española. Finalmente distribuye la documentación dándole coherencia y cohesión dentro de un modelo discursivo, el que le proveyó la *Historia Natural* de Plinio.

No debe dejar de considerarse una serie de factores que influyeron en el trabajo final. En primer lugar hay que tener presente que la *HGCNE* surgió dentro de un contexto de enunciación colonial –mediados del siglo XVI, en México–, caracterizado por complejas relaciones de subalternidad entre colonizadores y colonizados y disputas de poder entre los mismos sujetos españoles. A la vez, toda la preparación de la obra se desarrolló en un marco regulado por principios y valores religiosos, como el de los conventos y colegios franciscanos, cuya misión evangelizadora tenía como fin la conversión de los jóvenes indígenas. En consecuencia, resulta lógico inferir que las respuestas dadas por los informantes estaban condicionadas, en buena medida, por la situación descripta, lo que debió traducirse en autocensuras, prevenciones, reticencias.

Otra cuestión de peso es que las encuestas no fueron respondidas por informantes espontáneos que se presentaron libremente a declarar, sino por sujetos subalternos convocados por un sacerdote para referirse a asuntos de su cultura, incluyendo los tocantes a los dioses y las ceremonias religiosas.

### **III. La conquista de México**

La conquista de México-Tenochtitlan ha sido narrada por numerosos

cronistas e historiadores. Es así como este acontecimiento aparece en plurales testimonios en los que el enfoque varía de acuerdo con el contexto de enunciación, el rol del autor, los fines perseguidos, el tipo de discurso y la lengua empleados, entre otros. El corpus de textos comprende desde las *Cartas de relación* de Hernán Cortés (específicamente la segunda y la tercera) y la *HGCNE*, de Bernal Díaz del Castillo, hasta el temprano manuscrito de los *Anales históricos de la nación mexicana* o *Manuscrito de Tlatelolco* (1528) y las obras de Alvarado Tezozomoc, Muñoz Camargo, Alva Ixtlilxochitl, pasando por las historias de López de Gómara y Fernández de Oviedo.

Párrafo aparte merece la versión de los valiosos escritos de frailes pertenecientes a las órdenes religiosas que desarrollaron su labor evangelizadora durante el siglo XVI en México. Deben destacarse los testimonios de los franciscanos Toribio de Benavente y Bernardino de Sahagún, de los dominicos Bartolomé de Las Casas y Diego Durán, y del jesuita José de Acosta.

El primer documento que da cuenta de la llegada de los españoles a México, del contacto con los diversos pueblos del área y con Moctezuma, y de la conquista de Tenochtitlan es la *Segunda Carta* de Cortés. La mirada del jefe de la expedición condiciona la versión que ofrece acerca de los personajes involucrados, los hechos y las circunstancias, ya que se dirige al rey Carlos V para explicar y justificar lo acaecido, brindar información y formular propuestas. En esta y en la siguiente carta comienza a diseñarse el carácter ejemplar de la conquista de México, primera en importancia de las que llevó a cabo España en América. Por la magnitud de la empresa se convirtió en modelo de futuros proyectos, como la conquista de Perú.

La obra de Bernal Díaz –escrita mucho después de ocurridos los hechos, entre 1555 y 1580, aproximadamente, es decir, contemporáneamente a la composición de la obra de Sahagún– se erige como la voz reivindicadora de un sujeto individual que asume la representación de los soldados y ofrece un testimonio pormenorizado y elocuente de lo que considera una epopeya. Bernal acentúa el carácter excepcional de la conquista, siempre ponderativamente, como la circunstancia de que un grupo reducido de españoles pudieran someter a miles de indígenas aguerridos y tenaces. También destaca los peligros extremos que acechaban en todo momento –el

continuo batallar, las emboscadas– y el terror a ser sacrificados a los *ídolos* o a ser comidos por los indígenas.

El reverso de esta imagen de la conquista aparece tempranamente en 1528 en un relato hecho por indígenas aculturados que ya manejaban el castellano. Los *Anales históricos de la nación mexicana* exhiben la mirada crítica, y dramática acerca de la pérdida de la cultura propia y la destrucción de su pueblo dentro del molde de los anales.

Hacia 1555, Sahagún comienza a elaborar el libro XII de la *HGCNE* sobre la conquista de México que, al decir de Miguel León-Portilla, constituye una *visión de los vencidos*. Esta parte consta de 41 capítulos breves diseñados como el resto de la obra, en dos columnas paralelas y con la inclusión de dibujos. Existen dos versiones del texto en castellano; una redactada hacia 1555 –es la incluida en el *Códice Florentino*– y la otra, corregida por el fraile alrededor de 1585. Ambas cuentan con palabras de Sahagún *Al lector* y, en la segunda versión, agrega un prólogo.

En las palabras *Al lector* escritas en 1555, el fraile no dice que se propone presentar la versión indígena de los hechos, lo que en el contexto colonial hubiese sonado problemático; la motivación explícita que esgrime es de carácter lingüístico.

La condición de actores o testigos directos que revestían los informantes garantizaba, de acuerdo con lo que sustenta el autor, la veracidad de la narración.

El cambio más significativo que se observa en el texto de 1585 dirigido al lector es el señalamiento que hace Sahagún que en la versión anterior: “... se hicieron varios defectos y fue que algunas cosas se pusieron en la narración de esta conquista que fueron mal puestas y otras se callaron, que fueron mal llamadas” (Sahagún, 1938: tomo IV, 22). Resulta evidente que el propósito en este caso es correctivo.

El párrafo final contiene valiosa información acerca de las modificaciones que Sahagún pensó hacerle a la obra en una última versión –en tres columnas, dos en náhuatl y una en castellano, que no llegaron a concretarse–, y vuelve a mostrar el interés lingüístico y filológico del autor.

Aún más importante que estas correcciones al texto de 1555 es el prólogo que colocó como pórtico de la versión corregida del libro XII. En él, la conquista está considerada como parte de un plan providencial divino, mediante el cual los naturales “*sean alumbrados de las tinieblas de la idolatría en que han vivido y sean introducidos en la iglesia católica e informados en la religión cristiana y para que alcancen el reino de los cielos...*” (1938: tomo 4, 18).

El proceso de conquista está presentado como un encadenamiento de milagros que acompañaron a los hombres de Cortés y que culminaron con la implantación del cristianismo gracias a la tarea de los predicadores. Asimismo, la glorificación de la conquista aparece potenciada por la imagen enaltecida, muy encomiástica que construye de Cortés, *cristianísimo varón, fidelísimo caballero a su rey, valentísimo capitán*, a quien asocia con dos personajes emblemáticos: Josué, el jefe hebreo que conquistó Canaán y condujo a su pueblo a la Tierra Prometida, y al Cid Campeador, el héroe cristiano español por antonomasia.

Esta posición celebratoria de la conquista y laudatoria de Cortés contrasta con la historia que se narra en el libro XII que recoge el punto de vista de los indígenas, específicamente de los oriundos de Tenochtitlan y Tlatelolco.

Existen algunas variantes entre las dos versiones castellanas del libro XII. En el texto primitivo se cuenta con detalle el saqueo del tesoro de Moctezuma por parte de los españoles, quienes se apoderan de todo el oro, pero desechan o destruyen los demás materiales. En la versión corregida esto no se cuenta detalladamente, sino que el episodio aparece en el marco de una disculpa referida a la conducta de los españoles que muchas veces incurren en algunos daños menores para evitar otros mayores.

La narración de la matanza del templo mayor ordenada por Alvarado está desarrollada más extensamente en el texto de 1885, en el que se incluyen además duros juicios respecto de la actitud de este jefe español.

Con respecto a la muerte de Moctezuma, en el relato de 1555 no se aclara quién lo mató ni en qué circunstancia murió; en cambio, en la versión corregida Sahagún dice claramente que lo castigaron y mataron los españoles. Si bien es cierto que ambos textos contienen observaciones desfavorables para con algunos comportamientos de los españoles, la versión

corregida atenúa la crítica al estar acompañada del prólogo antes citado.

Otro aspecto digno de ser observado es la injerencia del fraile en la traducción de categorías mítico-religiosas autóctonas; por ejemplo, los conceptos de *Mictlan* y *Tlalocam* son traducidos al castellano como *Infierno* y *Paraíso terrenal*, respectivamente, lo que comporta una resignificación de dichos conceptos.

La historia de la conquista empieza con la referencia, en el capítulo I, a los presagios funestos que años antes anunciaron a los nativos la futura llegada de los españoles. De manera que el arribo de los extraños al Golfo de México y la siguiente conquista se presentan como acontecimientos previstos en la concepción mítico-circular que tenían los indígenas del tiempo y de la historia. Resulta pertinente pensar que la aparición de cometas y otros fenómenos naturales realmente ocurrieron, pero luego fueron resemantizados conforme a su propio imaginario a la luz de los hechos históricos posteriores.

Llama la atención que el documento más antiguo acerca de la conquista elaborado por los indígenas, los ya citados *Anales históricos de la nación mexicana*, no incluyan los presagios. En cambio, casi todos los relatos posteriores hacen referencia a los portentos anunciadores, lo que puede estar indicando el proceso de asimilación, además del tráfico de información entre los textos.

De la lectura de los documentos surge que la comprensión por parte de los nativos de lo que ocurrió con la llegada de los españoles atravesó diversas fases. En un primer momento, se asoció a Cortés y sus hombres con el retorno de Quetzalcóatl. Los americanos carecían de la experiencia de encontrarse con sujetos de culturas radicalmente diferentes; en consecuencia no tenían marcos conceptuales comparativos para explicarse la alteridad. Es por esto que para entender la irrupción de los europeos acudieron a sus propios relatos míticos. Un conjunto de factores facilitó esta operación: hombres barbados llegados del este en grandes embarcaciones, en una fecha que coincidía con la del prometido retorno de Quetzalcóatl, que se desplazaban montados a caballos nunca antes vistos y con atuendos recubiertos de relucientes corazas de metal. Los estruendos, el olor de la pólvora y el

efecto destructivo de las armas de fuego que disparaban los españoles para intimidar a los primeros mensajeros indígenas completaban un cuadro de extrañamiento y otredad. Esto tuvo un efecto paralizante en los primeros meses. Paulatinamente, una serie de indicios iban revelando que estos *dioses* rechazaban todo aquello valioso para las antiguas deidades, como los sacrificios humanos, la sangre de las víctimas propiciatorias y las ricas vestimentas e insignias pertenecientes a las deidades autóctonas. A partir de la matanza del Templo Mayor organizada por Pedro de Alvarado aparece la convicción de que los extraños no tenían nada que ver con el regreso de Quetzalcóatl.

Es posible pensar, entonces, que la conquista durante los primeros años haya sido percibida como un acontecimiento conmocionante que quebró el orden cósmico, social y cultural autóctono, y años más tarde recibiera una interpretación afín a la propia cosmovisión. En otras palabras, con el transcurso del tiempo, lo entendido como ruptura, se integró al pensamiento tradicional. Se diseñó, así, una estrategia de la continuidad mediante la cual la aniquilación que significó la conquista fue entendida como uno de los momentos del incesante proceso de creación / destrucción inherente a la concepción del tiempo mesoamericano.

Los siguientes cuarenta capítulos del libro XII narran el proceso de conquista, desde la aparición de españoles en la costa del Golfo de México hasta el triunfo final sobre Tenochtitlan y ciudades aliadas. Cada capítulo conforma una instancia en la secuencia de hechos, los que son presentados con un encadenamiento lógico. Las situaciones fundamentales son: las entrevistas de Cortés con los mensajeros de Moctezuma, la alianza del jefe español con los Tlaxcaltecas, las matanzas injustificadas que llevan a cabo los intrusos en algunas poblaciones indígenas, las cavilaciones del jefe mexicano, el avance de los españoles, el encuentro de Cortés con Moctezuma, la toma del tesoro real y la prisión del jefe azteca, la matanza del Templo Mayor, la reacción de los guerreros mexicanos, la muerte de Moctezuma y de Itzcohuatzin, gobernador de Tlatelolco, la retirada de los españoles durante la *noche triste*, los preparativos de los combates finales, la guerra entre mexicanos y españoles, la rendición de CuauTEMOC, y la caída de Tenochtitlan en poder de los españoles.

#### IV. El tratamiento literario

Es posible reconocer la utilización de diversos recursos literarios en la composición del libro XII. A partir de los materiales reunidos, Sahagún y sus colaboradores los seleccionaron y organizaron con criterio artístico, dentro de una trama narrativa, lo que se advierte en la elección de situaciones, la eliminación o reducción de acciones, el montaje de escenas, la construcción de retratos de algunos personajes, el empleo del discurso directo y de fórmulas elevadas y el trabajo con la descripción.

La narración de la conquista presenta un diseño circular: empieza con la referencia a una serie de portentos anunciadores de algo funesto que implica destrucción y finaliza con la caída de México y el triunfo de los españoles, es decir con el cumplimiento de los presagios del capítulo 1.

El relato se articula sobre dos ejes: uno espacial –los desplazamientos de los españoles y sus aliados desde la costa este hasta la llegada a la capital del imperio, la retirada durante la *noche triste* y el retorno definitivo a Tenochtitlan para su asedio final– y un eje temporal, sujeto a una presentación cronológica de los hechos, patente también en la referencia minuciosa al paso del tiempo. De acuerdo con el desarrollo de los acontecimientos –presentados con un encadenamiento lógico y lineal–, se pueden distinguir dos instancias: la primera, comprende desde la llegada de los españoles al Golfo de México hasta la matanza en el Templo Mayor (capítulos 1 a 20 inclusive); la segunda, se extiende desde la declaración de guerra de los mexicanos a los españoles (capítulo 21) hasta el derrumbe final de Tenochtitlan y la rendición de Cuautemoc (capítulo 41). El núcleo de la primera parte es el encuentro de Moctezuma y Cortés; el de la segunda, está en la guerra de los Tenochcas y Tlatelolcas con los españoles y aliados, enfrentamientos narrados en varios capítulos mediante un tratamiento épico.

Ya se apuntó que los acontecimientos están narrados desde la perspectiva indígena, específicamente Tlatelolca, lo que conlleva al menos tres consecuencias: el narrador, por su pertenencia a los vencidos, desconoce los pormenores de lo que ocurre entre los españoles, por ello no consigna los disensos internos, el hundimiento de las naves por Cortés, el encuentro

de éste con Narváez, entre otros, que sí aparecen en documentos españoles. En cambio, detalla las actitudes de los indígenas de varias ciudades como las traiciones y deslealtades (Tlaxcala con Tenochtitlan) y actos viles (por ejemplo, el robo perpetrado por los de Xochimilco en los peores momentos).

Por otra parte, la focalización Tlatelolca redonda en un acentuado reconocimiento de la actuación de los guerreros y dirigentes de dicha ciudad, del protagonismo que tuvieron en la tenaz defensa de Tenochtitlan y en la velada crítica al comportamiento de algunos Tenochcas. La simpatía por los Tlatelolcas se advierte en varios aspectos, un guerrero recortado del resto de la tropa que con valentía y arrojo defiende la ciudad, el tratamiento reverencial que recibe el jefe luego de morir, que contrasta con el recibido por Moctezuma, entre otros.

La narración fluctúa entre la primera y la tercera persona; a veces la voz narradora dice *los mexicanos* y, en otros casos, enuncia un *nosotros*; pero, más allá de estos cambios, hay una focalización interna que en ocasiones enuncia desde la conciencia de algunos personajes. La perspectiva indígena explica ciertas elipsis significativas, por ejemplo no se dice quién mató a Moctezuma ni se narra en qué momento muere.

Nos detendremos en el tratamiento literario de los episodios centrales de cada una de las partes.

Tras varios capítulos en que se narran los movimientos de los españoles en su marcha hacia Tenochtitlan, en los capítulos 16 y 17 se pone en escena el encuentro entre Moctezuma y Cortés. Previamente, se fue creando una creciente expectativa por los sucesivos contactos preliminares entre los españoles y los mensajeros nativos, el avance firme y avasallante de la hueste extranjera, su alianza con los de Tlaxcala, la conmoción que esto generó entre la dirigencia de la triple alianza.

La expectativa es doble: Moctezuma está convencido de que ha llegado el fin de su hegemonía y que será desplazado. En consecuencia, después de su intento de interrumpir primero el avance –mediante el envío de hechiceros con el fin de que realicen encantamientos para matar a los visitantes, o hacerles daño–, y luego de aplazar la llegada –a través del envío de obse-

quios de oro que no hacen más que acrecentar la ambición de los intrusos—, termina entregándose al imperativo de un designio superior que no puede controlar. El relato expresa de manera sobria y conmovedora el desgarramiento de alguien, nada menos que el gran *Tlatoani*, quien ahora percibe que los dioses ya no lo acompañan pese a haber acudido a todos los recursos que surtieron efecto durante los años de su reinado.

El uso del estilo directo, el punto de vista interno, la narración desde su conciencia, contribuyen a transmitir el espanto inicial, la confusión, las dudas, vacilaciones y el temor del jefe mexicano.

Los españoles, por su parte, ansían conocer a Moctezuma para apropiarse de este reino de riquezas ilimitadas, preanunciadas en las ofrendas de oro y presentes enviados.

La tensión progresiva que se fue generando alcanza su punto más alto cuando los dos antagonistas están uno frente al otro. Esta escena fue narrada por todos los cronistas e historiadores de México antiguo. Uno la vivió como protagonista, Cortés; otro como partícipe y testigo, Bernal Díaz; a otros se la contaron los vencedores, Gómara y Oviedo; y finalmente a Sahagún se la relataron los vencidos. A pesar de las diferencias de enfoque y de ciertos detalles, en todos los casos este episodio reviste parecido tratamiento artístico y sentido trágico.

En la construcción de este pasaje se advierte una operación de fundido y montaje de situaciones por parte de Sahagún. En tanto que otros testimonios (Cortés, Bernal, Gómara) colocan en momentos diferentes el episodio del encuentro y la plática del *Tlatoani*, Sahagún los narra en contigüidad, subrayando la unidad de la situación y reforzando su dramatismo. El núcleo, el punto más alto literariamente hablando, es el célebre monólogo de Moctezuma.

El empleo del estilo directo para los personajes históricos es influencia de la historiografía romana, conocida por el fraile y los alumnos, pues se empleaba en el aprendizaje del latín. El monólogo, de profundo aliento trágico, está elaborado conforme a convenciones retóricas: estilo elevado acorde a la dignidad del personaje, tono solemne y grave, discurso densamente cargado de metáforas, construido con sintagmas paralelos y repeti-

ciones sinonímicas afines al náhuatl literario y a los formulismos protocolares.

En la segunda parte del relato de la conquista aparece otro momento elaborado literariamente, el de los combates. La encarnizada y valiente defensa de Tenochtitlan, los enfrentamientos continuos, la ferocidad de los ataques de ambos bandos, la guerra librada por tierra y agua, están representados con tono épico. La retórica del heroísmo se acentúa a través del desempeño de algunas individualidades indígenas, como Cuauemoc, Ecatzin y Tzilacatzin.

En la narración de la guerra se diseñan dos bandos: el de los españoles y sus aliados y el de los indígenas fieles a Tenochtitlan. En el primer grupo, aunque se recorta la figura de Cortés como jefe y estratega no se lo destaca de modo particular. Otros españoles mencionados por su protagonismo de situaciones relevantes son Pedro de Alvarado y Castañeda.

Entre los indígenas, a pesar del tratamiento enaltecido que recibió Moctezuma en los capítulos 16 y 17, luego su figura se va diluyendo hasta ser objeto de repudio, desprecio e incluso se hace referencia a un hecho infamante, como cuando se señala que su cadáver al ser incinerado despidió mal olor.

La historia referida diseña una imagen de los españoles muy negativa: groseros, crueles, soberbios, taimados, movidos por una desmedida ambición de dominio y de obtención de oro y de mujeres, siempre aparecen en actitudes decididas, arrogantes y demandantes, propia de conquistadores. El relato no se priva de consignar una referencia grotesca cargada de desprecio cuando se describe el comportamiento de los españoles frente al oro moviéndose como monos.

## V. Las ilustraciones

La inclusión de alrededor de 1840 ilustraciones de distinto tamaño, en su mayoría coloreadas, enmarcadas en doble recuadro e intercaladas, casi siempre, en la columna izquierda de las páginas de la *HGCNE*, reviste interés documental, narrativo y plástico. Además de este registro icónico, la

obra exhibe más de 600 diseños plásticos de carácter puramente ornamental compuesto por arabescos, follajes serpenteantes y figuras estilizadas.

Las ilustraciones están inspiradas en el tradicional sistema de representación empleado en los libros pintados prehispánicos, realizados por los *tlacuilos*, aunque ya acusan marcada influencia europea, patente en el dibujo de ciertos elementos como en algunas resoluciones técnicas. Cabe apuntar que también era diferente la función de los dibujos, pues entre los antiguos mexicanos, la imagen no tenía carácter de ilustración, sino que era su escritura, pictográfica o ideográfica, según los casos, y parcialmente fonética.

El libro XII presenta 161 ilustraciones y numerosos motivos ornamentales. A diferencia de los del resto de la obra, los dibujos están, en general, sin colorear; algunos, solo parcialmente sombreados. Están intercalados en la columna castellana, más breve que la náhuatl, y el último dibujo aparece en el capítulo 36. Los cinco capítulos finales muestran amplios espacios en blanco, lo que prueba dos cosas: que primero se redactó el texto y luego se lo ilustró, y que hubo premura en concluir la obra y entregarla.

Las ilustraciones presentan una articulación narrativa en la que se pueden leer icónicamente las diversas y sucesivas etapas de la conquista de México. En este sentido, son altamente referenciales y, en general, autosuficientes, pues miradas secuencialmente ofrecen una versión global del proceso representado, aunque las elipsis de algunos tramos y la falta de textos de anclaje, inducen al lector a consultar la versión lingüística para completar la comprensión del mensaje.

Se advierte el empleo de algunos ideogramas tradicionales, como las volutas dibujadas que salen de la boca de personajes para indicar el acto de hablar y las siluetas esquemáticas de pies para significar el camino recorrido. Otro recurso utilizado consiste en diseñar dos planos: el que predomina en el recuadro y otro colocado en el ángulo superior derecho, lo que les permite, por ejemplo representar el contenido de una conversación o mostrar lo que ocurre simultáneamente en ámbitos diferentes.

Con respecto al mundo representado, se notan cambios en el dibujo de objetos –por ejemplo, pirámides deformadas–, el manejo del espacio y los movimientos en las secuencias bélicas, el trabajo con los volúmenes, la

posición de algunos personajes indígenas en actitudes ajenas a su tradición, que revelan que el ojo del ilustrador ya había absorbido modos figurativos europeos aprendidos en la observación de las biblias y los catecismos ilustrados que empleaban los frailes en su catequesis.

La obra testimonia el surgimiento de un arte mestizo en el que convergen la tradición mesoamericana y la europea.

## VI. Conclusión

Es cierto que desde la perspectiva de los estudios postcoloniales, Sahagún ha practicado una evidente operación de occidentalismo al recoger y fijar los testimonios indígenas en modelos europeos utilizando la tecnología de la escritura alfabética, ajena al universo mesoamericano. Resulta fácil comprobar, en el plano lingüístico, las consecuencias derivadas del pasaje de la oralidad a la escritura, del náhuatl hablado a su transcripción mediante caracteres latinos y, luego, la traducción y glosa al castellano. Asimismo, en el plano textual, se advierte con claridad el modelo discursivo propio de las historias naturales en el que se vertió la información etnográfica y antropológica obtenida por el fraile.

Ahora bien, si consideramos la cuestión dentro de los marcos filosóficos y epistemológicos del siglo XVI, conforme al horizonte de ideas de la época, la *HGCNE* adquiere un carácter extraordinario, pues no sólo constituye el documento más completo y genuino referido al México antiguo, sino que la obra es una expresión plurilingüística, multicultural y pluriétnica, ya que en su elaboración fueron consultados ancianos nativos, libros pintados tradicionales y participaron los alumnos indígenas que asistían a los colegios. Puede constatar, así, cómo el discurso monológico del sujeto colonizador central, español y blanco que se expresa en castellano, comparte el espacio textual con el discurso del colonizado en su propia lengua. Este aspecto, en el libro XII adquiere una significación especial, pues se erige en un contradiscurso, una versión alternativa de la conquista, claramente diferenciada de los relatos de los vencedores.

## Bibliografía

- Ashcroft, Bill et al. (1995). *The Post-Colonial Studies Reader*. Londres: Routledge.
- A.A.V.V. (2002). *Representing aztec ritual. Performance, text and image in the work of Sahagún*. Colorado: University Press of Colorado, Edited by Eloise Quiñónez Keber.
- A.A.V.V. (1997). *Bernardino de Sahagún. Diez estudios acerca de su obra*. Edición e introducción de Ascensión Hernández de León-Portilla. México: F.C.E.
- Barisone, José (2006). “Construyendo alteridad: Códice Florentino de Bernardino de Sahagún”, en *Aventuras de la Crítica. Estructuras latinoamericanas en el siglo XXI*. Noé Jitrik (comp.). Instituto de Literatura Hispanoamericana. Córdoba: Alción Editora /UBA.
- Baudot, Georges (1983). *Utopía e historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*. Madrid: Espasa Calpe S.A.
- Baudot, George y Todorov, T. (1996). *Relatos aztecas de la conquista*. México: Grijalbo.
- Benavente, Toribio de (1996). *Memoriales*. Ed. Crítica, introducción, notas y apéndice de Nancy Joe Dyer. México: El Colegio de México.
- Blanco, José Joaquín (1992). *La literatura en la Nueva España. Conquista y Nuevo Mundo*. México: Cal y Arena.
- Cortés, Hernán (1993). *Cartas de relación* (Ed. de Ángel Delgado Gómez). Madrid: Castalia.
- Durán, Diego (1867). *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*. México: T. I. Editor José F. Ramírez. Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante.
- (1880). *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*. México: T. II. Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante.
- Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo (1851). *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra firme del mar océano*. Madrid: Real Academia de la Historia, Madrid.
- Fueter, Eduard (1953): *Historia de la historiografía moderna I*. Bs. As.: Edit. Nova.
- González Stephan, Beatriz y Costigan, Lucía (1992). *Crítica y descolonización. El sujeto colonial en la cultura latinoamericana*. Caracas.
- (1964). *El reverso de la conquista. Relaciones aztecas, mayas e incas*. México: Joaquín Mortiz.
- (1956). *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*. México: Instituto Indigenista Americano.

- (1978). *Literatura del México Antiguo*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- (1999). *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*. México: UNAM.
- González Echevarría, Roberto (1984). “Humanismo, retórica y las crónicas de la conquista”, en *Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana*, AAVV. Caracas: Monte Ávila.
- Gruzinski, Serge (1991). *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español siglos XVI-XVIII*. México: F.C.E.
- León-Portilla, Miguel (1999). *Bernardino de Sahagún pionero de la antropología*. México: UNAM y El Colegio Nacional.
- López de Gómara, Francisco (1979). *Historia general de las Indias, vida de Hernán Cortés*. Caracas: Ayacucho.
- Martínez, José Luis (1989). *El Códice Florentino y la Historia General de Sahagún*. México: Archivo General de la Nación.
- Marzal, Manuel (2002). *Tierra encantada. Tratado de antropología religiosa de América Latina*. Madrid: Ed. Trotta.
- Mignolo, Walter (1982). “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la Conquista”, en *Historia de la literatura hispanoamericana*. Tomo I, Época Colonial. Coord. Luis Iñigo Madrigal. Madrid: Cátedra.
- (1986). “La lengua, la letra, el territorio (o la crisis de los estudios literarios coloniales)”, en *Dispositio*. Vol. XI, núm. 28-29, 1986, pp. 137-160.
- (1997). “Occidentalización, imperialismo, globalización: herencias coloniales y teorías postcoloniales”. En Foster, William y Altamiranda, Daniel (ed.). *Theoretical Debates in Spanish American Literature*. New York: Garland Publishing, 1997, pp. 69-82.
- Motolinía, Toribio (1995). *Historia de los Indios de la Nueva España*. México: Porrúa.
- Pérez de Guzmán, Fernán (1947). *Generaciones y semblanzas*. Bs. As.: Espasa Calpe Argentina.
- Phelan, John L. (1956) 1972. *El reino milenario de los franciscanos en el Nuevo Mundo*. México: UNAM.
- Pratt, Mary Louise (1997). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Reyes, Alfonso (1948). *Letras de la Nueva España*. México: F.C.E.
- Ricard, Robert (1947). *La conquista espiritual de México*. México: Editorial Jus y Ed. Polis.

- Sahagún, Bernardino (1979). *Códice Florentino, Edición Facsimilar*. México: Secretaría de la Gobernación.
- (1989). *Historia General de las Cosas de la Nueva España* (Introducción, paleografía, glosario y notas de Josefina García Quintana y Alfredo López Austin). 2ª ed. México: Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes; Editorial Patria; Alianza Editorial Mexicana dos volúmenes.
- (1938). *Historia General de las Cosas de la Nueva España (Introducción y notas de Wigberto Jiménez Moreno; cinco volúmenes)*. México: Pedro Robrero.
- (1999). *Historia General de las Cosas de la Nueva España (Ed. notas, apéndices y traducciones de Ángel María Garibay K)*. México: Porrúa.
- (2001). *Historia General de las Cosas de la Nueva España*. Madrid: Carlos Temprano, Dastin.
- (1979). *Códice Florentino* (edición facsimilar). México: Secretaría de Gobernación del Gobierno Mexicano.
- Said, Edward (1978) 1990. *Orientalismo*. Madrid: Libertarias.
- Sánchez Alonso, Benito (1950). *Historia de la historiografía española*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones.
- Said, Edward (1990). *Orientalismo*. Madrid: Libertarias.
- Sánchez-Barba, Mario (1978). *Historia y Literatura en Hispano-América (1492-1820)*. Valencia. Editorial Castalia.
- Todorov, Tzvetan (1991). *La conquista de América. El problema del otro*. México: Siglo XXI.
- VV.AA. (1990). *Bernardino de Sahagún. Diez estudios acerca de su obra* (Edición e introducción de Ascensión Hernández de León-Portilla). México: F.C.E.